

REVISTA DE ANÁLISIS Y CULTURA POLÍTICA

NOBIS



1er. SEMESTRE

Año 2. Vol. 3

Crítica a la **sinrazón** conspiranoica



- Por qué votamos con las tripas
- ¿Fútbol de vanguardia o goles en contra?
- El Mundial 2026 frente al espejo de Zacatecas
- Maternidad forzada en niñas.
- Datos oficiales pero no reales de los desaparecidos
- Y sin embargo se mueve
- Los Ilusionati: La personalidad conspiranoica

2026

CONTENIDO



NOBIS ZACATECAS revista de análisis y cultura política es una publicación editada por la Comisión Operativa Estatal de Movimiento Ciudadano Zacatecas, Calle Heroico Colegio Militar 123, Lomas de San Fernando, 98068, Zacatecas. Número 02, año 1, edición semestral, julio-diciembre de 2025; D.R. © 2025 Movimiento Ciudadano, Louisiana 113, esq. Nueva York, Col. Nápoles, Alcaldía de Benito Juárez, 03810, Ciudad de México, www.movimientociudadano.mx. Número de Certificado de Reserva de Derechos al uso exclusivo del título ante el Instituto Nacional de Derechos de Autor: En trámite. ISSN: En trámite. Licitud de Título y Contenido ante la Secretaría de Gobernación: En Trámite.

DIRECTORIO COMISIÓN OPERATIVA ESTATAL

Coordinador Estatal

Juan Francisco Del Real Sánchez

Integrantes:

*Ana María Romo Fonseca
Carlos Said Adabache Gutiérrez
Elvira Quintero Fernández
Irma Graciela López Díaz
Karina González Muñoz
Tomas Torres Torres*

Tesorera

María Elena Llamas Ramírez

Consejo Estatal

*María Teresa Villegas Santillán
Javier Antonio Guzmán Miranda*

Director Editorial

Moisés Orozco Frausto

Diseño Gráfico



Por qué votamos con las tripas

Paty Frausto

¿Fútbol de vanguardia o goles en contra?

El Mundial 2026 frente al espejo de Zacatecas

Stephanía Flores Rodríguez

Maternidad forzada en niñas: la violencia que el poder decide no ver

Sandra Lucia Cardona

La batalla contra el desprecio por pensar

Bernardo Rodríguez Smith Mac Donald

La guerra por la narrativa

Perla Blanco

Datos oficiales pero no reales de los desaparecidos

Sarahí Panecatí

A río revuelto, ganancia de pescadores

J. Andrés Tavizón Pozos

MAGA y el declive del liderazgo estadounidense

Pilar Pino

Entre conspiraciones y obediencia: La batalla por la razón

Antonio Rivera Ruiz Esparza

Y sin embargo se mueve

Astrid Carrillo Garrido

Los Ilusionati:

La personalidad conspiranoica

Moisés Orozco Frausto

3

5

7

9

10

12

14

18

21

23

26

POR QUÉ VOTAMOS CON LAS TRIPAS

Por: Paty Frausto

La política no es solo razón. Löwenthal descubrió que los agitadores tocan nuestras emociones para convertir el miedo y el resentimiento en votos. Entenderlo es el primer paso para no dejarnos manipular.



Vivimos atrapados en una peligrosa ficción: la idea de que las grandes decisiones políticas, tanto las de los líderes como las de los ciudadanos en las urnas, son el resultado de un frío cálculo racional. Nos gusta imaginarnos como sujetos ilustrados que sopesan datos, programas y trayectorias para emitir un voto informado o diseñar una política pública eficaz. Sin embargo, el legado olvidado de Leo Löwenthal, la “eminencia gris” de la Escuela de Frankfurt, nos ofrece una verdad incómoda pero liberadora: la política, especialmente en

su versión más peligrosa, es un asunto visceral, un psicoanálisis al revés que no busca esclarecer la conciencia, sino mantenernos en un perpetuo estado de dependencia emocional.

Löwenthal, en su fundamental libro de 1949, *Los falsos profetas*, desentraña las técnicas del agitador político y demuestra que su éxito no reside en la lógica de sus argumentos, sino en su capacidad para tocar las teclas del resentimiento, el miedo y la frustración. El agitador no crea el malestar social; lo



encuentra ya presente, como una herida que supura. Su “genialidad” perversa es convencernos de que el alivio no está en curar la herida (una tarea larga y estructural), sino en rascarla con furia, haciendo que sangre más, personalizando el dolor en un enemigo concreto (el inmigrante, el intelectual, el otro partido). Es la magia de sustituir el complejo “por qué” por el simple y catártico “quién”. Las decisiones políticas basadas en esta lógica no buscan solucionar problemas; buscan alimentar la indignación como un fin en sí mismo.

El efecto de este secuestro emocional de la política es devastador y ya lo profetizó Löwenthal. Se produce una masa de “rebeldes conformistas”: individuos que gritan, marchan y se sienten revolucionarios, pero que en el fondo se someten masoquistamente a las condiciones existentes, incapaces de trascender la explicación del chivo expiatorio. Su energía, en lugar de dirigirse a transformar las causas objetivas de su desamparo (la precariedad, la atomización social, la pérdida

de autonomía), se disipa en un teatro de agitación que no cambia nada fundamental. Hoy, este fenómeno se ha multiplicado exponencialmente por la lógica de las redes sociales. TikTok, X o Instagram son máquinas de producir agitación emocional, diseñadas para mantenernos en un estado de excitación paranoica constante. Decidimos a quién seguir, qué noticia creer o incluso a quién cancelar basándonos en el impacto afectivo del momento, no en la reflexión. La política se ha convertido en un circo permanente donde el líder ya no es solo el dueño del espectáculo, sino también el payaso que nos seduce con su franqueza “irracional”. Entender que esta es la verdadera fuente de nuestras decisiones no nos exime de responsabilidad, todo lo contrario: es el primer paso para vacunarnos contra la seducción. La próxima vez que sientas que la indignación te empuja a una decisión política, pregúntate no quién tiene la culpa, sino qué estructura permite que ese dolor exista. Ahí, y no en la demagogia, reside la verdadera emancipación.



¿FÚTBOL DE VANGUARDIA O GOLES EN CONTRA?

El Mundial 2026 frente al espejo de Zacatecas

Por: Stephanía Flores Rodríguez

Mientras el país vibra con la fiesta global, Zacatecas sigue fuera del marcador del desarrollo. Entre la promesa del futuro y la realidad de hoy, hay un partido que nuestro estado no puede darse el lujo de perder.

La portada de The Economist no deja espacio a la sutileza: un imponente balón de fútbol ha sustituido por completo al globo terráqueo. En este mayo de 2026, la imagen condensa a la perfección la fiebre global por la innovación, la tecnología y los megaeventos que prometen proyectar a las naciones hacia el futuro. Sin embargo, mientras la conversación pública nacional se tiñe por completo de verde, blanco y rojo al ritmo del esférico, la misma portada lanza una advertencia silenciosa. Fuera de los reflectores de las grandes urbes y del optimismo del escaparate internacional, los estados del interior de la República juegan un partido a contracorriente, mucho más complejo, riesgoso y con un terreno de juego profundamente inestable.

Esta efervescencia deportiva pone de manifiesto una profunda contradicción socioeconómica. El discurso oficial promueve con orgullo una visión de desarrollo, conectividad y derrama económica histórica; no obstante, al mirar hacia el espejo de Zacatecas, esa anhelada modernidad simplemente no ha llegado. Mientras el presupuesto público y los reflectores institucionales se vuelcan en centralizar la inversión en infraestructura, logística y seguridad en las tres sedes mundialistas



INFRAESTRUCTURA

Carreteras, conectividad y espacios públicos rezagados.



EDUCACIÓN

Formación limitada para competir en el mundo actual.



EMPLEO Y OPORTUNIDADES

Falta de inversión y de condiciones para crecer.



PLANIFICACIÓN

Sin estrategia de largo plazo, seguimos improvisando.



ENFOQUE

El balón está en nuestra cancha: hagamos un plan y juguemos para ganar.



A photograph of a soccer field with a soccer ball in the foreground and a notebook with a diagram on it. In the background, a soccer goal is visible on a grassy field. The notebook is open, showing a diagram that appears to be a tactical soccer formation or a flowchart. The soccer ball is a classic black and white paneled ball.

(Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey), las regiones del interior continúan padeciendo una severa brecha de desigualdad. Es la dolorosa desconexión entre el México del palco VIP —que administra el nacionalismo deportivo para maquillar las crisis de gobernabilidad— y el México real de los municipios, que financia la fiesta con sus impuestos pero observa el juego desde la tribuna del olvido.

Los datos oficiales e inobjectables desinflan de golpe el optimismo del discurso futbolístico. Mientras el esférico rueda con éxito en las pantallas, la realidad macroeconómica nacional se encuentra en fuera de lugar: el Fondo Monetario Internacional (FMI) proyecta un modesto crecimiento del 1.6% para este 2026, confirmando una franca desaceleración interna y un consumo deprimido por la inflación subyacente. En lo local, el panorama es aún más complejo. De acuerdo con las últimas mediciones oficiales sobre las condiciones de vida, Zacatecas se mantiene con índices de pobreza y vulnerabilidad social alarmantes, donde más de la mitad de su población enfrenta carencias sociales rezagadas y severas limitaciones de ingreso. A esto se suma un crecimiento industrial

estancado y una generación de empleo formal insuficiente, lo que fragmenta el tejido social al obligar a las y los jóvenes —el sector más deprimido por este contexto— a migrar hacia el extranjero por la absoluta falta de oportunidades.

El campeonato que la política y la sociedad deben ganar en Zacatecas no se disputa en las canchas del norte o del centro del país, ni se resuelve con el confeti de la inauguración. El verdadero marcador que importa de cara al futuro se define en el combate frontal a la pobreza, el rescate económico de las comunidades, la inclusión de las redes transnacionales de migrantes y la atracción de inversiones tecnológicas reales que arraiguen el talento local. Si no se tiene la capacidad de anotar esos goles reales en la vida de los ciudadanos, el Mundial 2026 pasará a la historia como un distractor sumamente costoso que duró noventa minutos, mientras el desarrollo de las regiones seguía perdiendo por goleada ante las amenazas arancelarias de Washington y la parálisis interna. Cuando los estadios apaguen sus luces, los problemas estructurales seguirán ahí; el reto es gobernar para el día después.



MATERNIDAD FORZADA EN NIÑAS: LA VIOLENCIA QUE EL PODER DECIDE NO VER

Por: Sandra Lucía Cardona

Detrás de cada cifra hay una historia interrumpida. La maternidad forzada no es destino, es violencia. Y la infancia merece protección, no castigo.



Hablar es el primer paso.
Escuchar es proteger.



DERECHOS HUMANOS SIEMPRE



JUSTICIA QUE PROTEGE



INFANCIAS QUE DEBEN SER CUIDADAS



EDUCACIÓN, NO MATRIMONIO NI MATERNIDAD



7

En una entrevista a la presidenta de México en La Mañanera, se habló de 30 niñas que han dado a luz. Treinta. Como si se tratara de una cifra menor, como si fueran excepciones, como si no importara nombrar lo que realmente está ocurriendo. No son casos aislados. Son la evidencia de una tragedia estructural que el poder político insiste en minimizar.

Porque en México no existe la “maternidad infantil” como fenómeno espontáneo. Existe la maternidad forzada. Y detrás de cada niña que da a luz hay, en la mayoría de los casos, un delito: violación, abuso sexual o negligencia criminal por parte de quienes debían protegerla.

El problema no es solo la violencia. Es la complicidad del silencio institucional.

Diversos informes del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) advierten que el riesgo de muerte materna y perinatal pueden multiplicarse hasta 4 veces en Niñas de entre 10 y 14 años entre

las principales complicaciones se encuentran la preeclampsia, eclampsia, anemia, infecciones urinarias, endometritis puerperal, infecciones de transmisión sexual, abortos espontáneos y desnutrición.

Si organismos como la Organización Mundial de la Salud (OMS) reconocen estos daños ¿Por qué seguimos disfrazando este delito con un termino que lo normaliza?

Pero la violencia no termina en el cuerpo, continua en la mente.

Investigaciones de la UNAM documentan que niñas y adolescentes sometidas a la maternidad forzada presentan trastornos del estado de ánimo, sentimientos negativos profundos, baja autoestima, depresión postparto e incluso tendencias suicidas, a esto se suma el impacto en la subjetivación, un trauma que interrumpe el desarrollo emocional.

En Zacatecas, las cifras oficiales hablan de un 9%



de niñas entre 10 y 17 años en contextos de maternidad forzada. Pero esas cifras son, en el mejor de los casos, una simulación estadística. La realidad en territorio es otra: basta recorrer municipios como Pinos, Santa María de la Paz, Fresnillo o incluso la capital, para entender que el problema está desbordado y que los números oficiales se quedan cortos, quizá a la mitad de lo que realmente ocurre.

Y si alguien quiere ver el rostro más crudo de esta violencia, que voltee a comunidades como Plateros, Valparaíso o Enrique Estrada, donde la maternidad en niñas no escandaliza: se normaliza. Donde las niñas dejan de ser niñas sin que ninguna autoridad intervenga.

Pero hay un punto aún más incómodo: el Estado ha decidido no intervenir cuando la violencia se esconde detrás de los llamados usos y costumbres. En la comunidad Wixárika el discurso oficial opta por la cautela cultural, mientras en los hechos se toleran uniones entre niñas y hombres adultos. Defender la cultura nunca puede ser excusa para permitir la violación sistemática de derechos humanos. Lo que hoy se llama respeto, en realidad es abandono.

Fuera de estas comunidades, la historia no es distinta. Niñas de 12 años “casadas” con hombres de 45. Adolescentes de 14 unidas a hombres de hasta 70. Esto no es tradición. No es costumbre. Es violencia. Y es delito.

Por eso resulta inaceptable que desde el más alto nivel del poder se sugiera “valorar el consentimiento”. ¿Consentimiento de quién? ¿De una niña? ¿De una menor de edad que, por definición legal, no tiene capacidad para consentir una relación con un adulto? No es una opinión debatible: es violación. Punto.

Cuando el discurso público relativiza esto, no solo se equivoca: legitima la impunidad.

La maternidad forzada en niñas es una de las expresiones más brutales de la desigualdad en

México. Y, sin embargo, no hay una estrategia nacional contundente, no hay fiscalías actuando de oficio, no hay políticas públicas que ataquen el problema de raíz. Lo que hay es omisión. Y la omisión, en estos casos, también es violencia.

En municipios como Fresnillo, la situación es crítica. Pero no es una excepción: es el reflejo de un país donde las niñas no están siendo protegidas. Donde no hay quien investigue, quien sancione, quien rompa el ciclo.

En Zacatecas, la despenalización del aborto abre una puerta que el Estado se ha negado a empujar con decisión. Porque sí, hay que decirlo con claridad: para una niña, es menos riesgoso interrumpir un embarazo que atravesar un parto forzado. Pero ni siquiera ese derecho es plenamente accesible cuando todo el sistema está diseñado para callar, para ocultar, para no intervenir.

El problema no es que no sepamos lo que está pasando. El problema es que se ha decidido no actuar. Y mientras el poder minimiza cifras y discute semánticas, miles de niñas en México siguen siendo obligadas a convertirse en madres.

Es urgente que el Estado actúe. Se requieren iniciativas de ley que obliguen a todas las Procuradurías del Menor a revisar frecuentemente los informes de salud en el Estado, dar vista a Fiscalía de cada caso no solo de embarazos de termino también de casos de aborto espontaneo, y proteger a las niñas y adolescentes bajo resguardo del DIF mientras Fiscalía lleva la investigación, urgen penas severas para los responsables.

Pero también es fundamental la prevención desde la educación básica se debe hablar con claridad sobre el delito.

No es “maternidad infantil” es ¡maternidad forzada!

Y debe ser tratada como delito. Es responsabilidad política.



LA BATALLA CONTRA EL DESPRECIO POR PENSAR

Por: Bernardo Rodríguez Smith Mac Donald

Hoy todo debe ser rápido, breve e inmediato. Las redes sociales nos acostumbraron a reaccionar antes de comprender, a opinar antes de analizar. Y en medio de esa velocidad, poco a poco hemos comenzado a perder algo fundamental: los marcos conceptuales que daban sentido a la realidad.

Pensar críticamente no es sentirse superior. Es aprender a distinguir evidencia de manipulación, profundidad de superficialidad, verdad de espectáculo.

Y quizá hoy, en una época obsesionada con lo instantáneo, detenerse a pensar se haya convertido en una **forma silenciosa de resistencia**.

Vivimos en una época extraña: nunca habíamos tenido tanto acceso al conocimiento y, al mismo tiempo, nunca había parecido tan incómodo pensar profundamente.

Hoy todo debe ser rápido, breve e inmediato. Las redes sociales nos acostumbraron a reaccionar antes de comprender, a opinar antes de analizar. Y en medio de esa velocidad, poco a poco hemos comenzado a perder algo fundamental: los marcos conceptuales que daban sentido a la realidad.

Durante años existieron ideas compartidas sobre verdad, comunidad, responsabilidad o bien común. Eran imperfectas, sí, pero funcionaban como brújulas colectivas para interpretar el mundo. Hoy esas referencias parecen diluirse entre algoritmos, tendencias y emociones instantáneas. Vivimos rodeados de información, pero cada vez más alejados de las ideas.

Ahí es donde prospera el antiintelectualismo: esa desconfianza hacia la ciencia, el análisis, la filosofía

o cualquier intento serio de comprender la complejidad. Pensar críticamente comienza a verse como arrogancia; estudiar, como elitismo; reflexionar, como una pérdida de tiempo.

Pero una sociedad que desprecia el pensamiento termina debilitando su propia libertad.

Porque cuando desaparece la capacidad de analizar, cualquier discurso simple puede convertirse en verdad absoluta. Y cuando perdemos herramientas para interpretar la realidad, terminamos atrapados entre emociones inmediatas, propaganda y ruido.

Pensar críticamente no es sentirse superior. Es aprender a distinguir evidencia de manipulación, profundidad de superficialidad, verdad de espectáculo.

Y quizá hoy, en una época obsesionada con lo instantáneo, detenerse a pensar se haya convertido en una forma silenciosa de resistencia.



LA GUERRA POR LA NARRATIVA

Por: Perla Blanco

No se trata solo de los hechos, sino de quién consigue que su versión sea la que todos creen. En la era de la información, controlar la narrativa es controlar la opinión pública.



No les ha pasado que por diferentes vías conocen un chisme de la colonia, del trabajo o de la escuela. Comienzas a darte cuenta que cada uno de los implicados o espectadores da su versión de los hechos y que cada uno enfatiza ciertas cosas, pero evita mencionar otras. En ese sentido si juntas cada una de las versiones, quizá lograrás tener una línea de lo sucedido más fehaciente, con la única finalidad de tener una opinión más aterrizada, si es que eso es posible. Luego te preguntas quién miente, por qué miente y qué ganan mintiendo; en mi experiencia, casi nadie miente, pero casi todos narran los hechos desde su muy personal percepción, cargada de sesgos, creencias, pero sobre todo de suposiciones sobre los otros implicados. A mí en lo particular siempre me ha gustado terminar una buena sesión de chisme con un clásico: “habrá que saber qué dicen los otros”.

Pero, ¿y si uno de esos implicados evitara que tú o más personas conocieran a toda costa la versión de los otros? ¿Y si hiciera todo lo que está en sus manos para bloquear lo que ese otro tiene que decir, intentando dejar en el olvido acontecimientos que acompañan toda la narrativa? ¿Crees que tu opinión acerca del tema llegaría a cambiar? ¿Crees que, si tuvieras que tomar una decisión sobre el tema, la ausencia de información llegaría a afectarla?

También, solo por mero ejercicio de creatividad, imaginemos que alguno de los involucrados no solo bloquea algunos hechos de la narrativa, sino que incluso exagera otros, ya sea para aparentar más vulnerabilidad o bien para hacer parecer más heroica su participación. ¿Consideras que, si supieras todos los hechos, cambiaría a quién le brindas apoyo?

No sé tú, lector, pero si lo exhibimos en esos términos parece una pésima novela de Televisa de los años noventa. Pero ¿y si los protagonistas fueran actores políticos y no habláramos de chismes, sino de narrativas que afectan el día a día de la vida de los ciudadanos? Por grotesco que parezca, gran parte de la guerra política



que hoy afronta y sufre todo México tiene que ver con quién controla la narrativa de lo que está pasando en el país. Tanto la clásica oposición como el oficialismo destinan cantidades considerables de recursos económicos para posicionar temas tanto en la agenda política como en las redes sociales y los medios de comunicación. Controlar la opinión pública.

Valerse de narrativas tan repetidas y gastadas, tanto de un lado como del otro, lo único que refleja es la completa incompreensión de la clase política acerca de la vida diaria de la sociedad civil. La infodemia no es nueva, pero sí lo es la forma masiva en que se ejerce hoy, y sobre todo es nueva la mezquindad con la que, de forma consciente, organizada y financiada, se busca polarizar cada tema que ocupa la vida política de México.

Hay muchas formas de ejercer la infodemia y persiguen distintos objetivos, pero en los últimos tiempos parece que la finalidad principal es acaparar el capital político. Considero que mantenerse completamente ecuánime es muy complejo. Hay personas que se preparan para ejercer imparcialidad, como jueces y magistrados, pero la gran mayoría de los ciudadanos, personas como tú y como yo, terminamos inclinándonos hacia un lado o hacia el otro, lo que inevitablemente afecta la opinión pública y el apoyo político.

Mucho se destina para aparentar ser mejores y dejar mal parados a los otros, pero muy poco se hace para mejorar las discusiones parlamentarias. Poco se hace para llegar a pactos por los ciudadanos mexicanos. Poco se hace para ofrecer soluciones reales a la cantidad de problemas sociales y de seguridad que vivimos los mexicanos.

Me gustaría cerrar con una luz al final del túnel esta editorial, pero la verdad es que no hay mucho que aplaudir. Parece poco lo que hacen algunos actores políticos. Necesitamos más contrapesos de poder, empoderar a la ciudadanía y cuidar que desde los movimientos ciudadanos lleguen los perfiles más adecuados e idóneos a los puestos públicos.



Datos oficiales, pero no reales de los desaparecidos

Por: Sarahí Panecatl

“ Detrás de cada número, hay una vida. Detrás de cada cifra, una ausencia. ”

En México existen 132 mil registros de personas desaparecidas, de acuerdo con datos oficiales del Registro Nacional de Datos de Personas Extraviadas o Desaparecidas (RNPED)*. El Poder Ejecutivo, del cual depende esta cifra, no ha querido dar una actualización más precisa. Lo que sí sabemos con certeza es un mecanismo deficiente de procuración de justicia: el 36% de los registros del RNPED no cuentan con los datos suficientes para identificar a la persona reportada y otro 33% de las desapariciones reportadas no cuentan con algún avance en la investigación (e.g. no tienen carpeta de investigación abierta). Lo anterior pone en evidencia que hay un subregistro que no mide el tamaño real del problema de desapariciones y la falta de mecanismos eficaces para las búsquedas. En México las narrativas del gobierno no se pueden verificar con estadísticas confiables y la desinformación es utilizada para dibujar una versión oficial. Vivimos en un Estado donde la información es usada para confundir, manipular y estigmatizar, también conocido con el término de infodemia**, ¿cómo se sobrevive en el caso de desapariciones?

Los familiares de los desaparecidos que luchan por justicia se encuentran en el camino del abandono institucional, por lo que surge la necesidad de que las familias tomen en sus propias manos la dirección de las búsquedas de sus seres queridos. Agarraron las palas y las bases de datos, tejieron las redes de apoyo, crearon la comisión de búsqueda y hasta desarrollaron un lenguaje propio. Las madres buscadoras han logrado tener avances en sus casos, como el hallazgo del hijo de Cecilia Flores***, gracias a su trabajo en fosas clandestinas, registro de vestimenta y recolección de ADN. Asimismo, entre ministerios públicos, protestas y búsquedas tejen el lenguaje que describe la pesadilla que habitan. Conceptos como rastrillar o varilleo, o expresiones como entregame un huesito o hasta encontrarles, nacen para definir esa verdad fuera del discurso oficial. Construir la historia de los desaparecidos es supervivencia, aunque el lenguaje avance



mucho más a prisa que las políticas públicas que deberían resolver los reclamos.

“La única posibilidad de que esto cambie es no olvidar” escribe Alma Delia Murillo en su novela Raíz que no desaparece, como acercamiento a la historia de muchas mujeres que han perdido a sus hijos. Estas narrativas colectivas, construidas desde la resistencia, permiten construir sentido y preservar la memoria ante la ausencia casi total de información verificable por parte del Estado.

Recuperar los hechos y los restos también es recuperar lo humano: devolver el rostro humano a la estadística y hacer del dolor ajeno una experiencia compartida que se sienta como propia. Escribir, investigar, acompañar, gritar, reclamar y escuchar a las víctimas, articulan la recuperación de la narrativa dolorosa

pero también necesaria: una que nos moviliza para impedir que no se perpetúe el abandono institucional y que los nombres de las personas que aún no aparecen no se olviden.

Se reconstruye la narrativa y aún persisten las preguntas, ¿por qué se pierden las personas?, ¿por qué son las madres las que busca?, ¿por qué no aparecen?, ¿por qué un final “feliz” es encontrarlos sin vida?



* Los datos fueron presentados por Marcela Figueroa, titular del Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (SESNSP) en marzo de 2026. El RNPED no está actualmente activo para consultas: <https://rnped.segob.gob.mx/>

** La infodemia es una sobreabundancia de información —tanto veraz como falsa o malintencionada— que se propaga rápidamente, dificultando que las personas accedan a fuentes confiables. El término es un neologismo derivado de las palabras «información» y «epidemia», popularizado por la Organización Mundial de la Salud (OMS) durante la pandemia de COVID-19. colaboradores de Wikipedia. (2025, 8 septiembre). Infodemia.

Wikipedia, la Enciclopedia Libre. <https://es.wikipedia.org/wiki/Infodemia>

*** Hernández, A. (2026, 1 abril). «Hoy vuelve a casa»: encuentran restos de Marco Antonio, hijo de la presidenta de Madres Buscadoras de Sonora y de México, Ceci Flores. BBC News Mundo.

<https://www.bbc.com/mundo/articles/cn89z93yd3ko>



A río revuelto, ganancia de pescadores

Por:
J. Andrés Tavizón Pozos



Dios ha muerto. Dios sigue muerto. Y nosotros lo hemos matado. ¿Cómo podríamos reconfortarnos, los asesinos de todos los asesinos? El más santo y el más poderoso que el mundo ha poseído se ha desangrado bajo nuestros cuchillos: ¿quién limpiará esta sangre de nosotros? ¿Qué agua nos limpiará? ¿Qué rito expiatorio, qué juegos sagrados deberíamos inventar? ¿No es la grandeza de este hecho demasiado grande para nosotros? ¿Debemos aparecer dignos de ella?

Nietzsche, La gaya ciencia, sección 125

Nunca habíamos tenido tanta información disponible ni tantas posibilidades de consultar, comparar, leer, escuchar y verificar. Con un teléfono y una conexión a internet se abre una biblioteca de Alejandría, literalmente, en la palma de nuestras manos. Sin embargo, ese exceso de información no nos ha vuelto más sabios. En la conocida comparación entre las distopías huxlerianas, orwellianas y bradburyanas se advierte que el peligro moderno no consiste únicamente en ocultar la verdad, sino también en sumergirla bajo una cantidad insoportable de datos, estímulos, entretenimiento y ruido. No se trataría solo de prohibir los libros, sino de volvernos incapaces de leerlos; no de censurar toda verdad, sino de ahogarla

en un mar de información. La cita de Nietzsche sobre la muerte de Dios no debe leerse aquí como una simple provocación religiosa, sino como el anuncio de una intemperie: cuando se derrumban las certezas que organizan el sentido común, alguien tiene que ocupar ese vacío. En el siglo XXI ese lugar lo disputan el mercado, el algoritmo, el caudillo, la secta digital y el conspiracionista que promete una explicación total. La pregunta ya no es solo qué creemos, sino quién administra nuestras creencias y con qué fines. Esa falta de aire crítico ha provocado ansiedad, polarización, reactividad y confusión colectiva. Nadie está exento de haber caído alguna vez en una paparruchada, por mínima que sea. Expuestos al mismo tiempo a la



verdad y la posverdad, a la propaganda y al espectáculo, a mentiras deliberadas y material creado con inteligencia artificial, cada vez resulta más difícil distinguir lo real de lo probable, lo absurdo de lo verificable y la sospecha razonable de la paranoia.

El exceso de información no produce automáticamente comprensión; muchas veces produce confusión y, en algunos casos, una sinrazón paranoica. Y es que no toda sospecha es ilegítima. Hemos visto cómo los gobiernos y las corporaciones han usado los medios de comunicación masivos para manipular datos, interpretaciones y silencios desde el siglo XX, anteponiendo intereses económicos, políticos y sociales. El imperio estadounidense, por ejemplo, no solo ha intervenido en gobiernos extranjeros, sino también en la producción cultural. La CIA ha influido en las artes, el cine, la televisión y otras formas de representación pública mediante operaciones documentadas y mecanismos de revisión de contenidos. El problema no es desconfiar, sino convertir la desconfianza en método único; es decir, en una fe invertida en la que todo dato contrario se interpreta como parte del encubrimiento.

Carl Sagan advertía en “El mundo y sus demonios” de que una sociedad incapaz de distinguir entre ciencia, superstición y pseudoevidencia puede encaminarse hacia una oscuridad peligrosa. El pensamiento crítico no consiste en obedecer a los expertos sin preguntar, ni en creer que cualquier opinión vale lo mismo que la evidencia. Pensar críticamente implica aprender a preguntar, observar y contrastar mejor. Todos tenemos derecho a opinar, pero no todas las opiniones tienen el mismo peso epistémico. Algunas se sostienen en marcos teóricos, evidencia acumulada, revisión crítica y análisis de causas y consecuencias; otras descansan apenas en intuiciones, propaganda, prejuicios, miedos, dogmas religiosos o moralismos caducos. Por eso, las teorías de conspiración pueden entenderse, en parte, como una distorsión de nuestra mente bayesiana. Intentamos actualizar nuestras creencias con base en indicios, patrones y probabilidades, pero cuando domina el sesgo de confirmación, cualquier dato ambiguo se convierte en prueba, y cualquier refutación se interpreta como parte del encubrimiento o como

una amenaza. Así emergen grupos o personas que afirman haber “despertado” y descifrado el código oculto de la realidad. En ese repertorio de hipótesis de las masas aparecen ideas abiertamente absurdas, como el terraplanismo; pero también otras perturbadoras, asociadas con redes reales de abuso, poder e influencia, como el caso de Jeffrey Epstein o la influencia de determinados lobbies geopolíticos, como el sionista.

Una cosa es reconocer que existen élites, intereses, propaganda, corrupción, redes de influencia y operaciones de encubrimiento y otra muy distinta es concluir que todo acontecimiento responde a un plan secreto perfectamente coordinado. El pensamiento crítico no niega la existencia del poder; al contrario, intenta comprenderlo con mejores herramientas. Pero para lograrlo se requieren tiempo y energía, dos bienes que actualmente escasean. Byung-Chul Han, en “La sociedad del cansancio” e “Infocracia”, describe a un sujeto agotado por la presión de rendir, producir, optimizarse y no detenerse nunca. La democracia se degrada cuando el espacio público se convierte en una circulación frenética de datos, emociones y estímulos. Todo debe ser inmediato: comida, placer, indignación, soluciones y conocimiento. El ciudadano cansado no siempre tiene tiempo ni fuerza para deliberar. Quiere respuestas rápidas a problemas complejos, como la crisis climática, la precarización laboral, la desigualdad, las migraciones, la violencia, la pandemia, la inteligencia artificial y las guerras culturales. Allí aparece el demagogo, ofreciendo culpables evidentes y soluciones inmediatas. No explica la complejidad de pensar; en cambio, la sustituye por consignas e invita a pertenecer a su grupo, el cual, convenientemente, es “el bueno y correcto”, y a los demás se les considera “los malos e incorrectos”. A la sociedad exhausta le promete descanso; al sujeto confundido le ofrece enemigos; al ciudadano precarizado le vende salvación. Pero muchas veces ni siquiera el político sabe qué hacer. Su proyecto no es resolver la complejidad, sino administrarla para conservar el poder, enriquecerse y asegurar su propia existencia a costa de un pueblo cansado, dividido y confundido.



Renata Salecl, en “Pasión por la ignorancia”, señala que no saber no siempre es una carencia inocente. A veces elegimos no saber aquello que incomoda, abrume o desestabiliza. La ignorancia puede servir de refugio ante un mundo demasiado complejo. Las personas no carecen únicamente de datos; también carecen de las condiciones mentales, educativas y sociales para procesarlos. Mientras más cerrada sea una explicación, menos esfuerzo exige y más seguridad promete. En ese sentido, la ignorancia puede ser el reflejo del cansancio de saber demasiado y comprender demasiado poco. No podemos prestar atención a todo: inseguridad, colapso económico, guerra inminente, genocidios, precariedad, enfermedad, crisis ambiental. El mundo exige una atención que nuestra vida cotidiana ya no puede sostener.

Como consecuencia de esta saturación, Gilles Lipovetsky permite leer el deterioro de los vínculos comunes. La cultura posmoderna debilitó grandes relatos y formas colectivas de pertenencia, dejando a los sujetos más encerrados en sí mismos que solidarios con los demás. En redes sociales, la opinión se vuelve una prolongación del yo. La verdad deja de ser una búsqueda común y se convierte en “mi verdad”, “mi experiencia”, “mi versión”. El ego habla por nosotros. Así surge una opinocracia tóxica en la que todos hablan y pocos escuchan; todos reclaman ser escuchados y pocos aceptan ser corregidos. La conversación pública se degrada y ya no se trata de comprender y aprender, sino de vencer y humillar. El equivalente a caminar por un parque al atardecer, donde las aves lloran descontroladamente y defecan todo lo que hay debajo de ellas. Entonces aparece la polarización.

El pensamiento simple divide el mundo entre aliados y enemigos, despiertos y borregos, pueblo y traidores, patriotas y vendidos. En ese ambiente, la figura del “idiota”, en su sentido etimológico de quien se repliega en lo privado y pierde la dimensión común, se vuelve realidad política. Una sociedad idiota no es necesariamente una sociedad estúpida, sino una sociedad incapaz de salir de sí misma. Cada uno defiende su tribu ficticia en una pantalla pequeña que el algoritmo alimenta con indignación personalizada.

Mientras tanto, partidos, gobernantes, legisladores, corporaciones e instituciones aprenden a administrar esa fragmentación mediante promesas incumplibles de progreso, prosperidad y riqueza instantánea. Solo necesitan un detonante o un chivo expiatorio. A río revuelto, ganancia de pescadores.

Mark Fisher, en “Realismo capitalista” y “Deseo postcapitalista”, describió una atmósfera cultural en la que resulta más fácil imaginar el fin del mundo que el del capitalismo. Las narrativas actuales confirman esa depresión al haber más distopías que utopías. No es casual. Estamos tocando las puertas del apocalipsis ambiental y la economía abre cada vez más la brecha entre ricos y pobres. El capitalismo prometió tanta libertad que lo más libre fue la codicia y la avaricia humanas. Así, muchas narrativas “antisistema” terminan con finales agri dulces en los que el sistema permanece intacto. Se nos ha inculcado que solo debe existir competencia, mientras que todo intento de comunidad se sataniza como ingenuidad o como amenaza. Una de las cualidades más eficientes del sistema es que permite la crítica, incluso la comercializa, pero rara vez conlleva consecuencias reales. La indignación se vuelve entretenimiento; la protesta, estética; la disidencia, mercancía. “Amused to death”, cantó Roger Waters.

Yanis Varoufakis (Tecnofeudalismo) y Asma Mhalla (Cyberpunk) actualizan este diagnóstico desde el poder tecnológico. El primero habla del tecnofeudalismo como una economía en la que las grandes plataformas extraen datos, rentas y atención, actuando como nuevos señores de la nube. La segunda advierte sobre una alianza creciente entre el poder estatal, las corporaciones digitales, la vigilancia, la inteligencia artificial y el control cognitivo al mero estilo foucaultiano. La propaganda ya no necesita ser general ya que puede ser personalizada, emocional y predictiva. El algoritmo no solo informa; también captura, clasifica y anticipa. Por eso es paradójico que se denuncien las manipulaciones reales, pero que terminen siendo ellas mismas una tecnología de manipulación. Promete la liberación, pero encierra al sujeto en un túnel de confirmaciones. Por su parte, Nick



Land (La ilustración oscura) muestra una deriva aún más inquietante. Cuando la razón pública se derrumba, ciertos discursos ya no buscan corregir la democracia, sino abandonarla. Bajo lenguajes tecnocráticos, aceleracionistas o supuestamente realistas reaparece la tentación autoritaria: si la gente está confundida, que gobiernen los fuertes; si la democracia es lenta, que mande el CEO; si la igualdad estorba, que sobrevivan los más aptos. La opinión puede parecer antisistema, pero a menudo abre la puerta a soluciones verticales, mesiánicas y antidemocráticas. No busca instituciones más justas, sino un poder más duro que castigue a sus enemigos y confirme sus certezas.

El problema no es solo epistemológico, sino también moral y cívico. Victoria Camps, en “La sociedad de la desconfianza”, recuerda que una comunidad se descompone cuando pierde la confianza, la cooperación, el respeto y la capacidad de escucha. La desconfianza puede ser saludable frente al abuso, pero se vuelve destructiva cuando impide cualquier forma de vida común. Si nadie cree en nadie, si toda institución es un fraude, si todo adversario es un enemigo y si toda evidencia es sospechosa, entonces la democracia queda sin suelo. No se puede deliberar en común cuando cada grupo vive encerrado en su propio universo de confirmaciones. El capitalismo patriarcal promueve el individualismo, lo cual contraviene la condición gregaria del ser humano.

¿Cómo salir de esto? No basta con pedirle a la gente que “se informe”, porque eso equivaldría a pedirle que mejor se ahogue en el mismo mar. Lo urgente es aprender a jerarquizar, contrastar, contextualizar y soportar la incertidumbre. Nadie nos presiona a opinar; debemos tomarnos el tiempo para equilibrarnos. También hay que recuperar los hábitos de escucha y de comunidad. Muchas veces no escuchamos para entender, sino para preparar la respuesta. Oímos al otro como trámite, no como posibilidad de encuentro. Habría que pensar al otro como un espejo de nosotros mismos, pero con otro rostro. Hace falta una ética de la conversación; menos visceralidad y más paciencia; menos captura

algorítmica y más lectura lenta; menos exhibición de certezas y más disposición a corregirse; menos polarización y más equilibrio.

Las escuelas, universidades y familias tienen aquí una tarea decisiva. El pensamiento crítico no puede reducirse a repetir que “hay que cuestionarlo todo”, porque cuestionarlo todo sin método termina siendo otra forma de credulidad. Hay que enseñar a distinguir entre fuente, evidencia, interpretación, propaganda, ironía, dato y emoción. Necesitamos sujetarnos de algo veraz. También hay que enseñar a usar las redes y la inteligencia artificial no solo como entretenimiento o atajo, sino también como herramientas que requieren criterio. La alfabetización digital debe incluir la verificación, la lectura crítica, la comprensión científica básica y la responsabilidad ética. No se trata de formar ciudadanos obedientes, sino ciudadanos difíciles de manipular.

No cerremos nuestras mentes a los cambios del mundo frenético y compartamos el conocimiento en aras de una comunidad mejor. Retemos a nuestro cerebro a aprender siempre. Necesitamos más amabilidad y empatía hacia el otro. También debe reconocerse que muchas personas llegan a esas creencias por miedo, cansancio, precariedad, enojo o abandono. Pero comprender no significa justificar. Si la mentira organizada avanza, si la ignorancia se vuelve identidad y si la desconfianza se transforma en odio, la vida democrática se empobrece y la pesadilla de Sagan se vuelve realidad. Contra esa oscuridad, la sabiduría es una luz. La sabiduría no es tener mucha información, sino saber usarla para el bien común, mezclando memoria histórica, método crítico, empatía, imaginación y coraje para aceptar que la verdad rara vez grita, rara vez simplifica y casi nunca halaga nuestras certezas.



MAGA y el declive del liderazgo estadounidense

Por: *Pilar Pino*

“

Ningún gran imperio
duró mucho tiempo

Voltaire

Escritor y filósofo francés”

”

El proyecto político de Donald Trump, sintetizado en la consigna Make America Great Again (MAGA), suele presentarse como el intento de restaurar la grandeza perdida de Estados Unidos. Sin embargo, visto desde América Latina, el trumpismo expresa algo distinto: no el retorno seguro de un imperio en ascenso, sino la reacción agresiva de una potencia que enfrenta una crisis de hegemonía.

Estados Unidos sigue siendo una de las principales potencias militares, financieras y tecnológicas del planeta. Su declive no implica un colapso inmediato ni la desaparición de su capacidad de intervención global. Lo que sí revela es una pérdida relativa de liderazgo y legitimidad para organizar el orden internacional en torno a sus intereses y valores. La emergencia de China como actor económico y geopolítico de alcance mundial constituye el elemento más importante de esta transformación histórica.

Durante décadas, Washington sostuvo su hegemonía no solo mediante la fuerza, sino también a través de la capacidad de ofrecer un horizonte de estabilidad, desarrollo y bienestar. Hoy ese consenso aparece erosionado. Cuando una potencia deja de convencer, suele recurrir con mayor frecuencia a la coerción. En ese sentido, el trumpismo representa la forma contemporánea de una hegemonía insegura: más unilateral, más proteccionista y más dispuesta al uso de la presión económica y militar.

La escalada arancelaria impulsada en 2025 contra China y el endurecimiento del proteccionismo estadounidense reflejan esta situación. Más que una simple disputa comercial, revelan las dificultades de Estados Unidos para mantener su competitividad frente a nuevas potencias económicas. A ello se



suma una política exterior marcada por tensiones con aliados históricos, amenazas sobre territorios estratégicos como Groenlandia, mayor hostilidad hacia Cuba y Venezuela, y una creciente confrontación con Irán y China.

Desde América Latina, estos movimientos tienen una lectura histórica inevitable. La región ha vivido por más de dos siglos bajo la influencia de la Doctrina Monroe y de distintas formas de intervención estadounidense. Trump no rompe con esa tradición; la radicaliza. Su discurso abandona buena parte del lenguaje liberal y multilateral que caracterizó a otros gobiernos estadounidenses y recupera una visión más descarnada de América Latina como zona natural de influencia de Washington.

Paradójicamente, este endurecimiento coincide con la pérdida relativa de capacidad estadounidense para monopolizar las relaciones económicas de la región. China se ha convertido en socio comercial estratégico para varios países latinoamericanos, ofreciendo financiamiento, infraestructura e inversión sin las condicionalidades políticas tradicionales de Washington. Esta nueva disputa geopolítica vuelve a América Latina un territorio de importancia estratégica, pero también la expone a mayores presiones externas.

El fenómeno MAGA también debe entenderse desde la crisis social interna de Estados Unidos. El trumpismo convirtió al migrante en enemigo político y símbolo de todos los malestares nacionales. Las redadas, deportaciones y políticas de persecución impulsadas por el ICE muestran cómo la cuestión migratoria dejó de ser solo un tema de seguridad fronteriza para convertirse en una herramienta central de movilización política.

Trump no inventó la xenofobia estadounidense, pero sí la legitimó desde el poder y la transformó en política de Estado. El migrante pasó a representar una amenaza cultural, económica y racial en un contexto de precarización laboral y creciente desigualdad. La contradicción es evidente: la economía estadounidense depende profundamente de la mano de obra migrante en sectores como agricultura, construcción, servicios y cuidados, mientras criminaliza a quienes sostienen buena parte de esas actividades.

Sin embargo, la respuesta social también ha sido significativa. Ciudades santuario, organizaciones comunitarias, sindicatos, iglesias y colectivos de derechos humanos han construido formas de resistencia. En lugares como Los Ángeles o Chicago, las comunidades migrantes han desarrollado redes de apoyo y defensa legal que muestran que el avance del autoritarismo no ocurre sin oposición.

La polarización estadounidense refleja, en el fondo, una disputa más profunda sobre el tipo de sociedad que emerge en medio de la crisis del orden global construido tras la Segunda Guerra Mundial. Mientras el trumpismo apuesta por el nacionalismo excluyente, la militarización y el cierre de fronteras, otros sectores defienden modelos basados en derechos, pluralidad y solidaridad social.

Desde América Latina, el ascenso de MAGA obliga a mirar a Estados Unidos no como una potencia invulnerable, sino como un país atravesado por tensiones económicas, raciales y políticas propias de una hegemonía en crisis. El problema no es únicamente Trump como figura individual, sino las condiciones históricas que hicieron posible su ascenso.

El ocaso relativo de la hegemonía estadounidense no significa necesariamente un mundo más justo o estable. Las potencias en declive suelen volverse más impredecibles y agresivas. Por ello, comprender el trumpismo desde América Latina implica también reconocer que las disputas globales del presente



tendrán consecuencias directas sobre la soberanía, la economía y la vida política de la región.

Ningún país de la región ilustra con mayor nitidez esta lógica intervencionista que México. Bajo el pretexto de la lucha contra el narcotráfico, Washington ha intensificado sus operaciones encubiertas en territorio mexicano, erosionando la soberanía nacional con una regularidad que ya no puede atribuirse a excesos aislados.

El episodio más revelador ocurrió en abril de 2026, cuando dos agentes de la CIA que regresaban de destruir un laboratorio clandestino de drogas en el estado de Chihuahua fallecieron en un accidente automovilístico, junto con dos agentes mexicanos. Lo que el incidente dejó al descubierto fue más grave que el hecho en sí: el gobierno de México manifestó que los agentes no estaban autorizados a participar en operaciones en el país, y que uno de ellos ingresó como visitante turista mientras el otro portaba pasaporte diplomático. Es decir, agentes de inteligencia extranjeros operaron en suelo mexicano sin conocimiento ni autorización del gobierno federal.

La CIA, según reportes de CNN, ha estado intensificando sus operaciones en México, incluyendo la participación de sus agentes en asesinatos selectivos de miembros de carteles del narcotráfico. La Fiscalía General de la República abrió una nueva línea de investigación por posibles delitos en materia de seguridad nacional, señalando que la conducción de la política exterior y las funciones en materia de seguridad nacional son atribuciones exclusivas del gobierno federal.

Pero es el caso del gobernador de Sinaloa, Rubén Rocha Moya, el que mejor sintetiza la nueva forma de presión que ejerce Washington sobre la política interna mexicana. El Departamento de Justicia de Estados Unidos acusó formalmente a Rocha Moya y a otros nueve funcionarios y exfuncionarios de colaborar con el Cártel de Sinaloa, particularmente con la facción conocida como Los Chapitos, a cambio de sobornos y protección política.

La acusación fue presentada por la Fiscalía del Distrito Sur de Nueva York y Washington solicitó la extradición de un gobernador en funciones, algo que, según la presidenta Claudia Sheinbaum, no había ocurrido nunca antes en la historia. Ante la presión, Rocha Moya presentó ante el Congreso local una solicitud de licencia temporal mientras dura el proceso de investigación. La presidenta Sheinbaum señaló que su gobierno no encubrirá a nadie que haya cometido un delito, pero consideró que el caso podría representar una acción injerencista por parte de Estados Unidos, que desde el inicio del segundo mandato de Trump insiste en que México no actúa con firmeza contra los grupos del crimen organizado. Lo que estos episodios revelan en conjunto es una estrategia de presión multidimensional: operaciones de inteligencia no autorizadas, acusaciones penales sobre funcionarios electos y solicitudes de extradición sin precedente. No se trata de cooperación en materia de seguridad, sino de la imposición unilateral de una agenda que subordina la soberanía mexicana a los intereses y la narrativa de Washington. La forma cambia; la lógica imperial permanece.

Asimismo, con estas acciones se ha dado cuenta que pueden controlar la narrativa dentro de la política mexicana. Hoy la presidenta se encuentra entre la espada y la pared, por un lado, si accede ante Trum al extradictar a un gobernador en funciones, sentará un precedente perverso; a la vez si no acepta, desatará la furia de la bestia herida. Además, que ha caído su popularidad entre la ciudadanía mexicana al no actuar y defender a un político señalada en múltiples ocasiones de nexos con el crimen organizado.



Entre conspiraciones y obediencia: la batalla por la razón

Por:
Antonio Rivera Ruiz Esparza

21



Vivimos en una era saturada de información, a llamada infodemia nos bombardea con datos, rumores y verdades a medias que circulan a la velocidad de un clic. Lo que en principio parecía un esfuerzo noble para combatir las noticias falsas, en la práctica se ha convertido en un aparato de propaganda oficial, financiado con recursos públicos y operado desde el Estado para desacreditar periodistas, opositores y voces incómodas. El problema no es la existencia de fake news, sino que el Estado se adjudique el título de juez de la verdad, lo que debería ser un servicio público se ha transformado en un megáfono partidista, ya que, en lugar de combatir la desinformación, la infodemia alimenta la polarización y erosiona la

confianza ciudadana, en el ministerio de la verdad, y él es quien decide qué pensar y qué callar, en consecuencia la infodemia no es un antídoto contra la mentira, es realmente un arma política cosificada. En un país donde la democracia depende de voces libres y críticas, permitir que el Estado monopolice la verdad es abrir la puerta a la censura disfrazada de verificación, un veneno que convierte la transparencia en propaganda, la verificación en censura y la crítica en delito. Paralelamente, el antiintelectualismo se ha convertido en el aliado perfecto del autoritarismo, caracterizado principalmente por ataques constantes a la academia crítica, criminalizando a investigadores y académicos que cuestionan al Estado o al



mercado. En países de renta alta, se ha instalado la idea de que pensar críticamente es una “traición antipatriótica”. La neoliberalización de la educación superior ha deteriorado los niveles académicos: la evaluación se reduce a métricas de popularidad y rentabilidad, desplazando el rigor intelectual y despreciando las humanidades. La investigación se subordina a intereses de seguridad nacional, mientras los intelectuales son presentados como élites inútiles. Ejemplos recientes muestran cómo líderes autoritarios instrumentalizan este discurso. Javier Milei, en Argentina, ha utilizado narrativas antiintelectuales para consolidar poder, ridiculizando a la academia y legitimando la idea de que la reflexión crítica es un obstáculo para el progreso.

La relación entre infodemia y antiintelectualismo es clara: la infodemia genera confusión y saturación de datos; las teorías de la conspiración aprovechan ese terreno fértil para manipular; y el autoritarismo capitaliza la confusión para concentrar poder y silenciar la crítica. En este contexto, el pensamiento crítico se convierte en la herramienta indispensable para resistir. No se trata solo de analizar datos o desmontar falacias, sino de reivindicar la autonomía intelectual y la dignidad de la razón. Pensar críticamente es un acto de libertad: significa evaluar evidencias, abrirse al debate y reconocer la complejidad del mundo sin miedo a la incertidumbre.

El mensaje del autoritarismo es brutal: pensar demasiado es peligroso, cuestionar

es traición y muchos lo compran, porque es más cómodo repetir consignas que enfrentarse a la complejidad del mundo, pero aquí está la verdad incómoda: sin pensamiento crítico no hay democracia, solo servidumbre, defender la inteligencia no es un lujo académico, es un acto de resistencia, porque estamos convencidos que es la única manera de desenmascarar la manipulación, de exigir transparencia y de construir ciudadanía libre. El antiintelectualismo quiere universidades dóciles, intelectuales sumisos y ciudadanos pasivos, el pensamiento crítico, en cambio, exige autonomía, debate y dignidad, en consecuencia, no se trata de un ejercicio académico más bien, se trata de sobrevivir como sociedad democrática.

La infodemia nos ahoga en datos inútiles, las teorías de la conspiración convierten la ignorancia en espectáculo, el autoritarismo y su inseparable antiintelectualismo desprecian la razón y celebran la obediencia, todo ello con un objetivo claro: silenciar la crítica, domesticar la ciudadanía y reducir la democracia a un ritual vacío. En tiempos de ruido y manipulación, defender la inteligencia es defender la libertad, insistamos en generar ciudadanía de alta intensidad, reivindicar la autonomía intelectual y construir los suficientes vínculos sociales que legitimen las ideas y el conocimiento frente a la lógica neoliberal y autoritaria. Defender la inteligencia es defender la democracia, y hacerlo hoy es más urgente que nunca.



Y sin embargo se mueve

Por: Astrid Carrillo Garrido



Recuerdo los laboratorios de cuando cursaba primer año de la carrera de Medicina: impecables, de un blanco reluciente, ventanas amplias, microscopios, gente de lentes y bata que apenas te miraba de reojo. Tuvimos clase con un químico que nos hablaba de la concentración de fármacos en los distintos órganos. Nos presentó a los que serían nuestras víctimas durante el año: las ratas; y después de este inicio tan sorprendente, prosiguió a hablarnos de fórmulas. Nos mostró la t de Student, “fórmula estadística que funciona para distinguir si existe una diferencia significativa entre dos grupos”, y después de anotar miles de números y letras x, nos enseñó cómo obtener el valor en la computadora. Evidentemente, todos nos miramos y pusimos los ojos en blanco, sintiendo cómo este profesor nos había apabullado con cientos de datos necios, siendo que tan sólo íbamos a ingresar un par de ellos al programa. A lo que él respondió: “Es importante

que sepan de dónde viene cada valor, no importa que no se vayan a dedicar a la investigación”.

Y así pasó, no me dediqué a la investigación, pero comprendí que el rigor científico consiste en tener una hipótesis por la cual apuestas, también llamada alternativa, y otra en la que apuestas por equivocarte: la hipótesis nula. Y que detrás de cada evidencia hay un sinfín de fórmulas, ecuaciones y científicos.

Nuestro primer contacto con la ciencia probablemente venga de la etapa infantil, ese descubrir observando, tocando y, en ocasiones, ingiriendo para comprobar que algo sabe mal o que asusta a los adultos. Es ahí donde nace el deseo por descubrir respuestas a los enigmas más interesantes del universo.



El arte, la magia, la religión, la filosofía y la ciencia son parte de esta necesidad por darle explicación a todo. La magia y la superstición han dado solución a la curiosidad humana, por supuesto sin forma de comprobar alguna de ellas, más que la convicción y el beneficio de quien la ejerce. El arte también ha hecho lo suyo: a través de la pintura, la danza y la escritura nos permite recrear los fenómenos de la naturaleza, y eso nos orienta a una mejor comprensión. No es coincidencia que la teoría científica más famosa haya sido generada en un rato de sosiego, mientras Newton descansaba bajo un árbol. De esta forma conseguimos aplacar las demandas inquisitivas de nuestra naturaleza.

La filosofía y la ciencia diría que van juntas. El primer filósofo con el que tuve acercamiento fue Nietzsche, como a muchos de los que fuimos formados en escuela católica. El título de El Anticristo nos sedujo, pero ¿qué tanto entendimos en ese momento? Importa poco; lo que importa viene después. Los maestros, padres, las recomendaciones que se atravesaban en esos puestos de librerías en la calle, pues era una época sin YouTube, en la que lo físico tenía una semejanza con un tesoro, y tenías que elegir de forma consciente de dónde adquirirías información.

Pienso que estas dos disciplinas requieren de un entrenamiento especial y, tal como dijo mi maestro, puede que no nos dediquemos a ser filósofos tampoco, pero podemos reconocer que las teorías filosóficas son un entramado de no uno, sino muchos pensadores, y que quien las desarrolla posee un amplio conocimiento de ellas.

Y tienen otro parecido fundamental: aceptan el error. Ambas postulan, prueban, regresan, confirman y rechazan, para entonces postular una

nueva teoría, no desde cero, sino con el conocimiento de aquellas que ya fueron rechazadas de forma total o parcial. Aceptan que el mundo, el tiempo y, con ello, la tecnología están en movimiento, y eso provoca que aquello que antes sólo era una idea hoy se pueda comprobar de forma tangible.

Podemos recordar que en el año 1500 se pensaba que la Tierra era plana y un tal Copérnico, a partir de la observación de los barcos perdiéndose en el horizonte y que las sombras tenían movimiento en distintas horas del día, no hizo una teoría de la nada, asegurando como si fuera un iluminado, aunque podemos estar de acuerdo en que sí lo era. Se cuestionó aquello que todos pensaban y comenzó a hacer cálculos matemáticos, mediciones con lo poco que se tenía en esa época. Y la comunidad científica, un poco reticente por cambiar ese paradigma, lo terminó aceptando, pero no por ello dejó de estudiarlo. Con la construcción de satélites y la navegación aérea se pudo comprobar, otra vez con la mera observación y muchas matemáticas, que en efecto la Tierra es redonda, que hay sitios en el mundo donde es de día y del otro lado es de noche.

Quizás para el individuo con poca o nula formación en matemáticas y astronomía fue más difícil de aceptar. Y fue así como surgió una de las teorías conspiracionistas más arcaicas. Y cuando buscas sus fundamentos, donde hubieran enviado a Copérnico a la Inquisición, así como lo hicieron con Galileo Galilei, refieren que las fotos satelitales son inventadas, que ellos no sienten que la Tierra se mueva y que la Antártida es un muro de hielo imposible de navegar. Pero sí se ha navegado, y hoy podemos ver las expediciones en Netflix, visitar un planetario, ver el globo terráqueo en tiempo real desde el canal de la



NASA. No tenemos que ser grandes matemáticos para, al igual que el científico, usar el primer método que aprendimos: la observación.

Y probablemente esta sea la razón que provoca desconfianza hacia los intelectuales, filósofos y científicos. Es más fácil aceptar algo como hecho absoluto y sin posibilidad de cambio, porque es totalmente humano el temor a esto último. Lo vivimos recientemente en la pandemia por COVID-19: vimos un sistema de salud colapsado y a la OMS cambiando de parecer continuamente. ¿Pero era eso o era el método? El confinamiento, la cuarentena y los cercos habían sido hasta ese día la mejor forma de contener una enfermedad y, con algo que tenía esa velocidad de propagación, caímos en la ridiculez viendo personas cubriéndose la cara con garrafrones y en la violencia, agrediendo al personal de salud.

Se desarrolló una vacuna con una urgencia que jamás se había dado. Todos los científicos se pusieron a trabajar en ello y otros tantos perdieron la vida en el intento. Salió una vacuna que, por supuesto, tendría efectos adversos, como cualquier otro medicamento o planta medicinal. Esto fue calculado y pasaron por las tres fases para sacar una vacuna; no fue perfeccionada, pues era una emergencia sanitaria y se determinó que el beneficio era mayor: preservar la vida de muchos frente a las reacciones adversas de otros menos, algunas fatales y otras no.

La vida se deterioró para muchos y no fue un tema de conspiración queriendo aniquilar una raza en específico o tratando de nivelar la pirámide poblacional. Fue la naturaleza, el método y la premura lo que hizo tomar decisiones por mayor beneficio.

Ahora aparece el hantavirus y con ello miles de internautas desacreditando a la OMS, médicos y científicos con cédula y trayectoria que, intentando contener el pánico, salen a informar. Diciendo que ellos nos quieren matar, que se acaban de inventar este virus o que no existe y todo es una construcción actuada de mentiras con quién sabe qué finalidad. Pero ¿quiénes son estas personas?, ¿cuáles son sus credenciales?, ¿es real que lo que da credibilidad son más de un millón de seguidores? Le estamos creyendo al que tiene más likes o más habilidad para comunicar; al más dramático, a la cara angelical, al que usa palabras que no entendemos pero confirman aquello que yo pensaba. Y aquel, creyendo en el estereotipo del científico tímido, ausente, metido en sus estudios, es relegado a las sombras.

En una época donde todos pueden opinar y esta opinión obtiene difusión masiva a manos de inexpertos, la ignorancia se convierte en la gran amenaza.

Por ello es importante construir un método: observar, cuestionarnos lo que creemos, buscar fuentes fidedignas. Tampoco se trata de creer en todo lo que diga quien se presente como intelectual, filósofo o científico, sino tomar las fuentes. Tenemos un universo de información, videos, datos y programas de cálculo que nos permiten ir tan profundo como deseemos. Nuestra labor consiste en crear o convertirnos en individuos que conozcan el método antes de realizar un juicio.



Los Ilusionati: La personalidad conspiranoica

Por:
Moisés Orozco Frausto



En 1798, el presidente de la Universidad de Yale, Timothy Dwight, lanzó una advertencia aterrizada: “¿Nuestros hijos convertidos en servidores de Voltaire y los dragones de Marat; o nuestras hijas en concubinas de los Illuminati?”. La misma fiebre llegó hasta el escritorio de George Washington, quien respondió preocupado por las “nefastas y peligrosas doctrinas” de aquella supuesta sociedad secreta. Dos siglos y medio después, el miedo ha cambiado de forma, reptilianos, Estado Profundo, globalistas, satanistas, pero conserva exactamente la misma lógica.

El conspiracionismo no es una teoría: es un ismo. Una forma de pensamiento totalizante que simplifica la complejidad del mundo reduciéndola a una lucha entre enemigos ocultos y víctimas inocentes. Y como todos los ismos políticos obsesionados con enemigos invisibles, inevitablemente degenera en autoritarismo. Porque el pensamiento conspiracionista no

busca comprender la realidad: busca encontrar culpables.

El conspiracionista no tolera la incertidumbre. Para él, nada ocurre por accidente, incompetencia, caos sistémico o intereses dispersos. Todo debe responder a una intención secreta. Si hay una crisis económica, alguien la diseñó. Si hay una pandemia, alguien la fabricó. Si un huracán destruye una ciudad, alguien manipuló el clima. La complejidad desaparece y es reemplazada por una narrativa tranquilizadora: detrás de cada tragedia existe una voluntad maligna perfectamente identificable.

Marjorie Taylor Greene, congresista estadounidense y figura emblemática del trumpismo conspiranoico, ha sugerido que los huracanes son producto de georingeniería para controlar elecciones y que los incendios forestales fueron provocados por láseres espaciales judíos. Parece absurdo, y lo es, pero la



lógica detrás de estas afirmaciones resulta profundamente peligrosa: si alguien está causando deliberadamente el sufrimiento colectivo, entonces alguien debe ser castigado.

Ahí comienza la deriva autoritaria.

El pensamiento conspiracionista también elimina cualquier ambigüedad moral. El mundo deja de estar compuesto por adversarios políticos y se divide entre héroes y monstruos. Cuando el enemigo deja de ser humano y se convierte en una encarnación metafísica del mal, toda violencia parece justificable. Ya no se debate: se purga.

Por eso el conspiracionismo siempre termina obsesionado con la limpieza. Limpiar la nación. Limpiar las instituciones. Limpiar la cultura. El lenguaje cambia, pero la estructura permanece intacta: hay una contaminación interna que debe ser erradicada para restaurar una supuesta pureza perdida.

El simbolismo conspirativo termina convirtiendo la política en una especie de secta esotérica. “El simbolismo será su perdición”, repetían las publicaciones de QAnon. Los seguidores dedicaban horas a descifrar supuestas señales ocultas en discursos, videos de Taylor Swift, logotipos corporativos o billetes de dólar. Ya no se trata de análisis político sino de adivinación. Una forma moderna de leer entrañas o interpretar augurios.

Pero a diferencia del tarot, que al menos conserva la honestidad de asumirse como ritual personal, el conspiracionismo afirma estar revelando verdades objetivas sobre las que se

debe actuar políticamente. Y cuando una sociedad empieza a creer que vive bajo una conspiración satánica global, inevitablemente termina buscando un salvador dispuesto a romper las reglas democráticas para destruirla.

La ironía más oscura del conspiracionismo es que, mientras denuncia obsesivamente a “ellos” (la élite global, los Illuminati, el deep state) termina preparando el terreno para un “nosotros” profundamente autoritario que hace exactamente aquello que dice combatir.

Donald Trump es el ejemplo perfecto. Entró de lleno en la política nacional impulsando la teoría conspirativa “birther”, que afirmaba falsamente que Barack Obama no había nacido en Estados Unidos. Más tarde apareció en Infowars junto a Alex Jones, uno de los mayores fabricantes de paranoia política contemporánea. Para 2020, su exasesor de seguridad nacional, Michael Flynn, sugería suspender la Constitución y declarar la ley marcial para revertir las elecciones. Exactamente el tipo de medidas dictatoriales que los conspiracionistas aseguraban temer de los Illuminati o del “Nuevo Orden Mundial”.

Pero cuando ocurrió frente a sus ojos, no lo reconocieron. Porque la conspiración nunca fue una advertencia: era propaganda.

El 6 de enero de 2021, miles de personas asaltaron el Capitolio estadounidense convencidas de que les habían robado la elección. Jacob Chansley, el llamado “Chamán de QAnon”, afirmaba actuar siguiendo instrucciones de sectores secretos del ejército y la inteligencia estadounidense. Incluso después del fracaso del asalto, muchos de sus participantes continuaron



creyendo en nuevas conspiraciones. El patrón es constante: cuando el conspiracionista alcanza el poder y la realidad no coincide con sus profecías, simplemente mueve el objetivo hacia otro enemigo.

Siempre hace falta un nuevo chivo expiatorio. El historiador Richard Hofstadter llamó a esto “el estilo paranoico en la política estadounidense”. Pero no se trata solo de Estados Unidos ni únicamente de paranoia. Es un mecanismo político profundamente antiguo que emerge cada vez que las sociedades enfrentan crisis difíciles de explicar.

Durante la pandemia de COVID-19, millones de personas consumieron documentales conspirativos como *Plandemic*, convencidos de que el virus había sido creado deliberadamente para controlar a la población mundial. El patrón es idéntico: una catástrofe compleja se simplifica en una narrativa de culpables absolutos. Y una vez identificado el culpable, la violencia aparece como solución lógica.

¿Qué ocurre después? Basta observar la Alemania de 1933. Hitler estaba obsesionado con Los Protocolos de los Sabios de Sión, un texto falsificado que describía una supuesta conspiración judía internacional para controlar bancos, gobiernos y medios de comunicación. Su proyecto político entero giraba alrededor de destruir esa conspiración imaginaria. El resultado fue el Tercer Reich.

No es coincidencia que hoy las redes sociales estén saturadas de contenido conspirativo que desemboca progresivamente en apologías fascistas o neonazis. Los algoritmos entienden

algo que muchos intelectuales todavía subestiman: el conspiracionismo genera adicción emocional porque ofrece algo extraordinariamente seductor en tiempos caóticos: una explicación simple y un enemigo claro.

Y sin embargo, probablemente no exista ningún gran plan. Esa es la parte más incómoda. George Carlin, a quien los conspiracionistas suelen citar fuera de contexto, entendía esto mucho mejor que ellos: “No necesitas una conspiración formal cuando los intereses convergen”. El mundo no está controlado por reptilianos ni por Illuminati. Está moldeado, o descompuesto, por sistemas complejos, incentivos perversos, burocracias incompetentes y seres humanos moralmente mediocres acumulando demasiado poder con muy poca rendición de cuentas.

Pero aceptar eso implica algo difícil: reconocer que no existe un villano maestro cuya derrota resolverá todos nuestros problemas. La democracia no puede salvarse mediante purgas, caudillos mesiánicos ni guerras culturales permanentes. Requiere instituciones lentas, acuerdos imperfectos, pensamiento crítico y responsabilidad colectiva.

Eso resulta menos emocionante que una conspiración global satánica. Menos épico. Menos cinematográfico.

Pero la historia es brutalmente clara: cada vez que las sociedades han preferido la fantasía conspirativa sobre la complejidad democrática, terminaron construyendo monstruos políticos mucho peores que aquellos que imaginaban combatir.





ZACATECAS

